

Hombre llorando abrazado a un árbol



por Juan
Bonilla

A finales de la década de los sesenta la editorial Aguilar propuso a Aub que hiciera un libro sobre Buñuel. Para recopilar información el escritor afincado en México –contrariando su propósito de no pisar España mientras hubiera dictadura– aceptó hacer un recorrido por el país. Va anotando sus impresiones y sus encuentros con prosa rápida, adelgazada, rocosa. El resultado es uno de los libros más amargos y desolados de nuestra literatura. Cincuenta años después de su publicación, lo rescata Renacimiento en espléndida edición de Manuel Aznar Soler.

Los jóvenes intelectuales españoles de la época (perdón por tanto oxímoron) recibieron mal *La gallina ciega*, publicada en México pero circulada aquí sin mayor dificultad: les pareció el testimonio de un viejo cascarrabias que vino un rato de México a afearlos que no hicieran nada por combatir a Franco, de haberse acomodado y, sobre todo, de haber olvidado o no sentir la menor curiosidad por quienes se tuvieron que ir. Nadie le preguntaba a Max Aub por la guerra, nadie tenía la menor curiosidad por cómo les iba a los exiliados. Aquí nadie te conoce, le dice Carlos Barral cuando está recién llegado a Barcelona. El editor de Aymá, que había publicado una edición de *La calle de Valverde*, le dice que el libro no ha despertado el menor interés.

Aub vino, pero no volvió. Entre otras cosas porque volver era imposible. Habían pasado más de treinta años entre el momento en que se fue, perdida la guerra, y el momento en el que regresa. Ulises que quiere comprobar que su Ítaca se hundió definitivamente en el pasado y que sólo sobrevive en su propia memoria, Aub realiza un ejercicio devastador: sobrepone el plano de la sociedad perdida a la realidad con la que se encuentra, y se sobrecoge, y se enfurece, al comprobar que aunque las calles del plano se correspondan con las de la realidad, la realidad con la que se encuentra y la fantasía que lleva en la memoria son prácticamente antónimas. Es un sexagenario que confiaba de veras que quien se reflejase en el espejo cuando se asomara a él, fuese el treintañero que tuvo que escapar.

Enferma a Aub la indiferencia de la juventud ante el poder: alguien le dice, prefieren el jazz a los derechos humanos, el fútbol a la forma de gobierno. Apenas queda sitio para la clandestinidad o el radicalismo. Se lo dice alguien de su propia época, porque Aub también tiene encuentros con gente de su generación. Con el falangista Luys Santa Marina, por ejemplo, con quien se echa unas risas y a quien le reprocha que los falangistas ni siquiera hayan sabido llevar al mando del país sus ideales revolucionarios. Hay una conversación espléndida que tiene Aub con su sobrino, ingeniero de telecomunicaciones, donde este le lee la cartilla y da un preciso repaso a las inconformidades del escritor: «Ves España como si fuese cuando tenías mi edad, no ves las cosas como son, buscas cómo fueron y te figuras cómo podrían ser si no te hubieras ido». Pero ¿cómo podrían ser? En el ejercicio de melancolía de sus anotaciones, Aub está comparando a menudo la realidad de lo que hay con el Shangri-La de una república a la que no se la dejó crecer, que fue salvajemente aplastada «por los unos y los otros». Ese ideal quedó arraigado en su memoria, creciendo por su cuenta en el terreno del sueño.

Además de los encuentros que va teniendo en Barcelona, Valencia y Madrid, Aub registra pareceres y meditaciones: son impresionantes mu-

Cuan-
do
regresa a
España
a finales de la
década de los
sesenta, Max
Aub es un
sexagenario
que confiaba
de veras que
quien se
reflejase en el
espejo cuando
se asomara a
él, fuese el
treintañero
que tuvo
que escapar



MAX AUB, EN
MÉXICO, EN 1962.
R. SALAZAR/
FUNDACIÓN MAX AUB

chas de ellas. Por ejemplo, la que hace sobre el hecho de envejecer: la experiencia es un saber de segunda mano, nos dice, el mundo ha rejuvenecido envejeciéndote. «España no ha muerto. Se ha transformado. ¿Hasta qué punto? Es lo que no puede decir un viejo», anota doscientas páginas después de haber escrito: «Franco ha hecho el milagro de convertir España en república latinoamericana. Han hecho de España un conglomerado de seres que no saben ni por qué viven ni lo que quieren, como no sea vivir bien».

Aub sabía –lo dice él mismo o se lo dice alguien– que con el tiempo aquel testimonio se leería como una novela, y no es la menor de sus potencias, dado que lo que en su día fue un examen despiadado

de la España del turismo que encaraba los años finales del franquismo, hoy puede leerse como un texto sobre el drama esencial de cualquier exiliado político: la imposibilidad de regresar al sitio del que fue expulsado, dado que lo que se pierde no es sólo el espacio, sino fundamentalmente el tiempo (o sea el futuro). El futuro sigue creciendo en la ima-

ginación del exiliado tomando una senda antagónica al que depara la realidad: confrontarlos es lo que conduce a Aub a una amargura constante que se salda, sin esconder su resentimiento, en un texto donde la queja se da la mano con la conmoción, sin que le importe mucho reconocer que acaso no le quede más remedio que ser injusto para seguir salvaguardando la moral «de lo que pudo ser». «Me siento carcomido, un solar», confiesa. No es extraño que en uno de sus paseos se abrazara a un árbol y se echase a llorar sin consue-

L